

Comentario de texto: I. Kant.

Texto: Idea de una historia universal con propósito cosmopolita¹.

1. Aunque pueda tenerse con propósito metafísico un concepto de la *libertad de la voluntad*, sus *fenómenos*, las acciones humanas, como cualquier otro acontecimiento natural, están determinados por leyes generales de la naturaleza. La historia, que se ocupa de la narración de estos fenómenos, nos hace esperar, por profundas que puedan ser sus causas remotas, que, al observar el juego de la libertad de la voluntad humana en grande, se pueda descubrir en ella una marcha regular; igual que se puede llegar a conocer en el conjunto de la especie, como un desarrollo en marcha constante, aunque lenta, de sus disposiciones originales, aquello que se ofrece confuso e irregular a la mirada en los sujetos particulares. Así, los matrimonios, y los nacimientos que le siguen y las muertes, parecen, ya que la libre voluntad del hombre tiene tan gran influencia en ellos, no estar sometidos a regla alguna, según la cual pudiera determinarse con antelación, mediante cálculo, su número; y, sin embargo, las tablas anuales de los grandes países nos muestran que suceden según leyes naturales estables, igual que los inestables climas, cuya previsión no se puede determinar en particular, pero que, en conjunto, logran mantener en una marcha uniforme e ininterrumpida el crecimiento de las plantas, el curso de las corrientes y otros sucesos naturales. Apenas si reparan los nombres en particular, ni el mismo pueblo en su conjunto, en que, al buscar su sentido, según su propio propósito y a menudo en contraposición a otros, persiguen sin darse cuenta, como hilo conductor, el propósito de la naturaleza, que desconocen, y colaboran en su misma promoción, aunque, si les llegara a ser conocida, poco les importaría.

2. No parece que sea posible historia alguna planificada (como es el caso de las abejas o los castores), pues los hombres no proceden en conjunto, en sus aspiraciones, de manera meramente instintiva, como animales, ni tampoco, como ciudadanos racionales del mundo, según un plan prefijado. No se puede impedir cierta desgana cuando se contempla lo que aquéllos hacen o dejan de hacer sobre la gran escena del mundo; y, aunque a veces encontramos aparentemente la prudencia en el detalle, finalmente, en grande, el conjunto se ha tejido con necedad y vanidad infantil, a menudo incluso con maldad infantil y afán de destrucción; con lo que, al cabo, no se sabe qué concepto puede formarse de nuestra especie, tan preciada de su mérito. No hay otro remedio para el filósofo, ya que no puede presuponer en los hombres ni en todo su juego un *propósito* racional *propio*, sino tratar de descubrir, en esta contradictoria marcha de las cosas humanas, un propósito *de la naturaleza*,

¹ *Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht* (1784). Un pasaje de los anuncios breves del número doce de la *Gaceta de los doctos de Gotha* de este año, que sin duda ha sido tomado de mi conversación con un sabio compañero de viaje, me obliga a este comentario, sin el que aquél carecería de todo sentido comprensible. (N. de K.).

El pasaje en cuestión decía así: “Una idea favorita del señor Kant es que la meta del género humano sea alcanzar la más acabada constitución del Estado, y desea que un escritor filosófico de historia emprenda la tarea de proporcionarnos, en este aspecto, una historia de la humanidad y mostrarnos lo poco que se ha aproximado la humanidad en diferentes épocas a esta meta, o lo distante que está de ella y lo que se ha de hacer todavía para alcanzarla”. (N. de los T.).

para que sea posible una historia de estas criaturas, que proceden sin plan propio, según un plan determinado de la naturaleza.

3. Veamos si logramos encontrar un hilo conductor para una historia semejante, y dejemos que la naturaleza produzca al hombre que esté en situación de concebirla de este modo. Así produjo a un Kepler, que sometió de manera inesperada las excéntricas órbitas de los planetas a leyes determinadas, y a un Newton, que explicó estas leyes por una causa universal de la naturaleza.

Comentario a la Introducción.

¿Hay una racionalidad en la historia, como la hay en la naturaleza? Tal es la pregunta que dirige las reflexiones de Kant en su ***“Idea de una historia universal en sentido cosmopolita”*** (1784).

La tarea no es fácil porque los hombres no se mueven como los animales por puro instinto, pero tampoco con arreglo a un plan acordado, como ciudadanos del mundo.

Es difícil suponer la existencia de un propósito racional en los hombres y en su juego, pero Kant trata de buscar en el curso contradictorio de la historia alguna ***intención***, que no provendría de los hombres, sino de la misma ***naturaleza***.

Entonces, según Kant, es posible hacer con la historia algo similar a lo que Kepler y Newton hicieron con la naturaleza: ***Encontrar algún plan en el modo de conducirse de los hombres, que proceden sin ningún plan aparente. Este plan oculto lo lleva a cabo la naturaleza, a través de las acciones humanas.***

Desde estos supuestos, Kant establece la ***legalidad de la historia*** -las reglas- en las nueve proposiciones que siguen:

Primera frase.

1. *Todas las disposiciones naturales de una criatura están determinadas a desarrollarse alguna vez de manera completa y adecuada.* Lo demuestra en todos los animales tanto la observación exterior, como la interior o desarticuladora. Un órgano, que no ha de ser usado; un ordenamiento, que no alcanza su fin, constituyen una contradicción en la doctrina teleológica de la naturaleza. Pues si nos apartamos de este principio, ya no tendremos una naturaleza legal sino una naturaleza que juega sin finalidad; y la aproximación desconsoladora ocupará el lugar del hilo conductor de la razón.

Comentario a la primera frase.

Las disposiciones naturales de una criatura están destinadas a desarrollarse de manera completa y adecuada. En este desarrollo estaríamos ante una regularidad, o ley natural. Esta ***ley natural*** consiste en que cada criatura tiende a desarrollarse plenamente.

Segunda frase.

2. *En los hombres (como únicas criaturas racionales sobre la tierra) aquellas disposiciones naturales que aspiran al uso de su razón deben desarrollarse por completo sólo en la especie, pero no en el individuo.* En una criatura, la razón es una facultad de ampliar las reglas y propósitos del uso de todas sus fuerzas sobre el instinto de naturaleza, y no conoce límites a sus proyectos. La misma razón tampoco obra instintivamente, sino que necesita ensayos, ejercicio y aprendizaje para progresar paulatinamente, de un grado en otro del entendimiento, Por ello, cada hombre habría de vivir un tiempo desmedido para aprender cómo debe hacer un uso completo de todas sus disposiciones naturales; o, si la naturaleza dado un breve plazo a su vida (como, en realidad, ocurre), necesitaría la razón, acaso, de una serie imprevisible de generaciones que se transmitieran una a otra su ilustración, para impulsar, por fin, su semilla en nuestra especie hasta el grado de desarrollo que se corresponde por completo con su propósito. Y este momento debe, al menos en la idea del hombre, ser la meta de sus aspiraciones, pues, de lo contrario, las disposiciones naturales deberían ser consideradas, en su mayor parte, como inútiles y sin finalidad, lo que cancelaría todos los principios prácticos, de modo que la naturaleza, cuya prudencia debe servirnos de principio fundamental al juzgar el resto de asuntos, llegaría a ser sospechosa, por el hombre sólo, de empeñarse en un juego infantil.

Comentario a la segunda frase.

En el hombre como criatura racional las disposiciones naturales que apuntan al desarrollo pleno de la racionalidad sólo se desarrollan completamente en **la especie** y no en los individuos. El hombre para desarrollarse plenamente debe realizar plenamente el uso de su **racionalidad**. Sin embargo, este desarrollo no se cumple en los individuos concretos, sino en la especie.

Tercera frase.

3. *La naturaleza ha querido que el hombre extraiga por completo de sí mismo todo cuanto sobrepasa el ordenamiento mecánico de su existencia animal, y que no participe de ninguna otra felicidad o plenitud que la que él mismo, libre del instinto, se procure mediante su propia razón.* Pues la naturaleza no hace nada superfluo ni es pródiga en el uso de los medios para sus fines. Que concediera la razón al hombre y, luego, la libertad de la voluntad en ella fundada, ya era una clara muestra de su propósito respecto a su dotación. Pues el hombre no debía ser guiado por el instinto, ni cuidado o instruido con conocimientos que no hubiera creado, sino que debía extraerlo todo de sí mismo. Procurarse sus víveres, su cobijo, su seguridad exterior y defensa (para lo que la naturaleza no le dio los cuernos del toro, ni las garras del león, ni los dientes del perro, sino sólo sus manos), todo el recreo que hace agradable la vida, su misma intuición y sagacidad, e incluso la bondad de su voluntad, debían, en conjunto, ser obra suya. La naturaleza parece haberse complacido, aquí, en su mayor parsimonia, y haber medido la dotación animal del hombre con tanta mezquindad, con tanto escrúpulo respecto a la máxima necesidad de una existencia incipiente, como si quisiera

que, una vez que se hubiera levantado con su trabajo de la mayor rudeza a la mayor habilidad, hasta la plenitud interna de su modo de pensar y (en tanto sea posible sobre la tierra) hasta la felicidad, obtuviera él solo todo el mérito y no debiera agradecerse sino a sí mismo; como si concerniese al hombre más su propia estimación racional que cualquier bienestar. Pues, en esta marcha de la concernencia humana, le espera todo un enjambre de penalidades. Parece, incluso, que la naturaleza no consienta en que viva bien, sino en que haya de extraer de sí mismo tanto que, por su comportamiento, se haga digno de la vida y del bienestar. Resulta muy extraño que las viejas generaciones parezcan laborar penosamente sólo para estimular a las siguientes y prepararles un grado sobre el que puedan alzar más alto el edificio que la naturaleza tiene de propósito; y que sólo las últimas hayan de tener el gozo de habitar en la casa que una larga serie de antepasados (desde luego que sin este propósito) ha levantado, sin pensar en tomar parte en la dicha que han preparado. Por extraño que sea, al mismo tiempo remita necesario una vez supuesto que una especie animal debe tener razón y, como clase de seres racionales que mueren en suma, aunque su especie sea inmortal, alcanzar una plenitud en el desarrollo de sus disposiciones.

Comentario a la tercera frase.

El hombre debe permitir que las últimas generaciones cosechen el trabajo de las anteriores. Es decir, los **logros de racionalidad** (el desinterés, la libertad), alcanzados por los individuos concretos, no son para ellos, sino para la especie.

Kant subraya que en el **equipamiento material del hombre**, respecto a sus otras capacidades, la naturaleza parece haberse complacido en una máxima economía: la naturaleza ha hecho al hombre con tanta **limitación**, como si quisiera que el hombre creyera que se lo debe todo a sí mismo, por su desarrollo racional. Parece como si a la naturaleza le hubiera importado más la propia autoestima de los hombres (orgullosos de ser racionales) que cualquier otro bienestar (la fortaleza, la rapidez...).

Cuarta frase.

4. *El medio del que se sirve la naturaleza para lograr el desarrollo de todas sus disposiciones es el antagonismo de las mismas en la sociedad, hasta el extremo de que éste se convierte en la causa de un orden legal de aquéllas.* Entiendo aquí por antagonismo la *insociable sociabilidad* del hombre; es decir, la misma inclinación a caminar hacia la sociedad está vinculada con una resistencia opuesta, que amenaza continuamente con romper esta sociedad. Esta disposición reside ostensiblemente en la naturaleza humana. El hombre posee una propensión a entrar en sociedad, porque en tal estado se siente más como hombre, es decir, siente el desarrollo de sus disposiciones naturales. Pero también tiene una inclinación mayor a individualizarse (aislarse), pues encuentra igualmente en sí mismo la cualidad insociable, que le lleva sólo a desear su sentido y a esperar, por ello, resistencia por todas partes, del mismo modo que sabe que, por la suya, es propenso a la resistencia contra los demás. Mas esta resistencia es la que despierta todas las fuerzas del hombre y le lleva a superar su inclinación a la pereza y, movido por el ansia de honor, de poder o de bienes, a procurarse un rango entre sus congéneres, a los que

no puede *soportar*, pero de los que tampoco puede *prescindir*. Así se dan los primeros pasos reales de la rudeza a la cultura, que consiste propiamente en el valor social del hombre; así se desarrollan paulatinamente todos los talentos, se forma el gusto y, mediante una continua ilustración, el comienzo se convierte en una fundación de la manera de pensar, que puede transformar, con el tiempo, la ruda disposición natural para la discriminación ética en principios prácticos determinados y, por fin, de este modo, una concordancia en sociedad, patológicamente provocada, en un todo moral. Sin tales cualidades, apenas amables por cierto, de la insociabilidad, de la que surge la resistencia que cada uno debe encontrar necesariamente por sus egoístas presunciones, todos los talentos permanecerían para siempre ocultos en su semilla, en una arcádica vida de pastores, logrando perfectos acuerdos, satisfacción y versatilidad: los hombres, buenos como las ovejas que apacientan, apenas si otorgarían a su existencia un valor mayor del que posee su manso; ni llenarían el vacío de la creación, respecto a su fin, como naturalezas racionales. ¡Dense gracias a la naturaleza por la incompatibilidad, por la vanidad envidiosamente porfiadora, por el ansia insatisfactoria de poseer o de dominar! Sin esto, todas las excelentes disposiciones naturales de la humanidad dormirían eternamente impedidas. El hombre quiere concordia; pero la naturaleza sabe mejor lo que para su especie es bueno: ella quiere discordia. Él quiere vivir tranquilo y divertido; pero la naturaleza quiere que deba salir de la indolencia y del inactivo contento, que se arroja al trabajo y las penalidades para encontrar, por contraste, el medio de zafarse con sagacidad de ellos. Los motivos naturales, las fuentes de la insociabilidad y de la resistencia en general, de donde brota tanto mal, pero que a su vez promueven nuevas tensiones de las fuerzas y, por tanto, un mejor desarrollo de las disposiciones naturales, delatan el ordenamiento de un creador sabio, y en modo alguno la mano de un espíritu maligno, que lo distraiga en su ejecución señorial o arruine su envidiado proceder.

5

Comentario a la cuarta frase.

El medio del que se sirve la naturaleza para impulsar al hombre para que alcance su pleno desarrollo es el **antagonismo** (enfrentamiento) entre los hombres. Kant entiende por antagonismo la **insociable sociabilidad** de los hombres, es decir, su inclinación a formar una sociedad, unida sin embargo a una resistencia que amenaza perpetuamente con disolverla.

Esta disposición reside en la naturaleza del hombre:

- El hombre tiene una inclinación natural a **entrar en sociedad**, porque en tal estado se siente más realizado en el desarrollo de sus disposiciones naturales.
- Pero tiene también una gran **tendencia a aislarse**, porque tropieza en sí mismo con una característica insocial que le lleva a querer disponer de todo: Somos egoístas y ambicionamos honores. Estas dos características son las que nos sacan de la pereza y nos llevan a actuar.

Es decir, **la concordia** o sociabilidad nos llevaría a la pereza, puede ser por sí sola algo negativo, mientras que **la discordia** y la ambición son positivas pues nos llevan a actuar.

El hombre quiere concordia, pero **la naturaleza** sabe mejor lo que es bueno para la especie y quiere discordia; el hombre quiere vivir cómoda y plácidamente, pero la naturaleza prefiere que se entregue al trabajo y al esfuerzo.

Las fuentes de **la insociabilidad y de la resistencia**, de donde nace tanto daño, **son buenas**, pues conducen así a nuevos desarrollos de las disposiciones naturales del hombre, y nos ayudan a avanzar en la historia.

Quinta frase.

5. *El mayor problema de la especie humana, a cuya solución la naturaleza la apremia, es la instauración de una sociedad civil que administre el derecho en general.* Pues sólo en la sociedad y, por cierto, en aquélla que albergue, con la mayor libertad, por tanto, con un antagonismo en general de sus miembros, la más precisa determinación y seguridad de los límites de esta libertad, para que pueda coexistir con la libertad de otros; sólo en aquélla el más alto propósito que la naturaleza puede lograr en la humanidad, es decir, el desarrollo de todas sus disposiciones, quiere también la naturaleza que el hombre deba procurárselo, como el de todo fin de su determinación: así, una sociedad, en que la libertad bajo leyes exteriores se encuentre vinculada en el mayor grado posible con el poder irresistible, es decir, una constitución civil plenamente justa, debe ser la tarea suprema de la naturaleza para la especie humana; pues sólo si procura la solución y cumplimiento de aquélla, puede la naturaleza lograr el resto de propósitos respecto a nuestra especie. A entrar en este estado de coacción fuerza al hombre, tan afecto por lo demás a la libertad sin ataduras, la necesidad; y, por cierto, la mayor de todas, es decir, aquélla que los hombres se infligen entre sí, según sus propensiones, pues ya no pueden convivir en salvaje libertad. Sólo en un coto tal, como la asociación civil, obran las mismas propensiones el mejor resultado: como árboles en un bosque, donde uno trata de quitar al otro aire y sol, forzándole mutuamente a buscar por encima de ellos, hasta alzarse hermosos y erguidos; mientras que aquéllos que brotan en libertad y separados unos de otros, con sus ramas a placer, crecen raquíticos, corvos y torcidos. Toda cultura y arte que al hombre adornan, el más hermoso orden social, con frutos de la insociabilidad, que a sí misma se fuerza a disciplinarse y desarrollar por completo de este modo, mediante un arte esforzado, la semilla de la naturaleza.

6

Comentario a la quinta frase.

La tarea más difícil del género humano, a cuya solución le obliga la naturaleza, estriba en llegar a constituir una **sociedad civil**, regulada por el derecho.

Lo que fuerza al hombre a entrar en este estado de coacción (la ley) es la imposibilidad de continuar en el estado de libertad salvaje. **La necesidad** es la que fuerza al hombre a entrar en este estado de coerción o limitación de la libertad por el derecho y las leyes.

Así, los hombres aceptan las limitaciones a su libertad porque no pueden convivir ni un momento más en medio de su salvaje libertad.

Dentro del coto cerrado, que es la sociedad civil, las inclinaciones o tendencias humanas producen los **mejores resultados**: La cultura, el arte, y el mismo orden social son así frutos de la insociabilidad, obligada a someterse a disciplina.

Sexta frase

6. *Este problema es, a su vez, el más difícil y el que la especie humana, resolverá más tarde.* La dificultad, que ya la mera idea de esta tarea pone de manifiesto, es ésta: el hombre es un *animal que*, cuando vive entre otros de su especie, *necesita un señor*. Pues es cierto que abusa de su libertad respecto a sus iguales; y, aunque también, como criatura racional, desea una ley que ponga límites a la libertad de todos, su egoísta propensión animal le induce a permitirse la excepción de sí mismo. También necesita un *señor* que rompa su propia voluntad y le fuerce a obedecer una voluntad válida en general, por la que cada uno pueda ser libre. Pero ¿dónde escoge este señor? En ningún otro lugar que en la especie humana. Este señor, sin embargo, es también un animal que necesita un señor. Hágase como se quiera, no se puede prever cómo pueda procurarse un jefe de la justicia pública que sea él mismo justo; ya se le busque en una sola persona, ya en una sociedad de personas excelentes. Pues todas abusarán de su libertad mientras no tengan sobre sí a nadie que ejerza su poder según las leyes. El jefe supremo, sin embargo, debe ser justo *por sí mismo* y ser, además, un hombre. Esta tarea, por ello, es la más difícil de todas; su completa solución es imposible: en una madera tan torcida, como aquélla de la que el hombre está hecho, no se puede llegar a tallar nada del todo recto. La aproximación a esta idea es lo que la naturaleza nos ha impuesto². Que esto será de lo último que se ponga en obra, se deduce asimismo de que los conceptos correctos de la naturaleza de una constitución posible requieren una gran experiencia, acostumbrada a la marcha del mundo, y, sobre todo, una buena voluntad preparada para aceptarla; pero tres piezas semejantes pueden muy difícilmente juntarse alguna vez o, cuando suceda, ya tarde, luego de muchos intentos en vano.

7

Comentario a la sexta frase.

El hombre es un animal que necesita de un **señor**, una autoridad, que le quebrante su propia voluntad y le obligue a obedecer a una voluntad valedera para todos, a fin de que todos y cada uno puedan ser libres.

Pero este señor, como individuo de la especie humana, necesita también a su vez de un señor. El **jefe supremo** tiene que ser justo por sí mismo y, sin embargo, ser un hombre. He aquí un problema cuya perfecta solución parece imposible. Kant recuerda a este respecto una idea muy querida: «*Con una madera tan retorcida como es el hombre no se puede esperar conseguir nada derecho.* » Lo que la naturaleza nos ha impuesto es sólo la aproximación a la solución.

² El papel del hombre es, por tanto, muy artificial. No sabemos cómo se haya hecho con los habitantes de otros planetas y su naturaleza; pero cuando cumplamos bien este cometido de la naturaleza, podremos lisonjearnos de tal modo, que, entre nuestros vecinos en el edificio del mundo, podremos mantener un rango nada modesto. Tal vez cualquier individuo pueda, entre ellos, alcanzar por completo su determinación en su vida. Entre nosotros es distinto; sólo la especie puede esperarlo. (N. de K.).

Séptima frase.

7. *El problema de la instauración de una constitución civil perfecta depende del problema de una relación exterior legal entre los Estados, y no se puede resolver sin este último.* ¿De qué sirve trabajar por una constitución civil legal para los hombres como individuos, es decir, por el ordenamiento de una república? La misma insociabilidad que obligaba a los hombres es, de nuevo, la causa de que toda república se encuentre, en las relaciones exteriores, es decir, como Estado vinculado con otros Estados, con una libertad sin ataduras, y, en consecuencia, uno ha de esperar del otro el mismo mal que empujó y obligó a los hombres como individuos a entrar en un estado civil legal. La naturaleza ha usado también la incompatibilidad de los hombres, incluso de las grandes sociedades y cuerpos del Estado de tales criaturas, como un medio para encontrar, en su inevitable *antagonismo*, un estado de tranquilidad y seguridad; es decir, los impulsa, mediante la guerra, mediante su extremado e incesante rearme, mediante la necesidad que debe sentir cada Estado en su interior, aun en medio de la paz, a ensayos imperfectos al principio y, al final, tras muchas desolaciones, retractaciones y hasta agotamiento interior en general de sus fuerzas, a aquel estado que la razón les hubiera podido indicar sin experiencias tan tristes, es decir, a salir del estado sin ley del salvaje y entrar en una unión de pueblos, en que cada Estado, aun el menor, no pudiera esperar su seguridad y derecho de su propio poder ni de su propio criterio jurídico, sino sólo de esta gran unión de pueblos (*Foedus Amphictyonum*), de un poder asociado y de la decisión según las leyes de la voluntad asociada. Por entusiasta que parezca esta idea, de la que se ha hecho mofa con el abate de Saint-Pierre o Rousseau (quizá porque creyeron en su ejecución inminente), es la inevitable salida de la necesidad en que los hombres se ponen mutuamente y que debe inclinar a los Estados a la resolución (por difícil que sea de adoptar) a que el hombre salvaje es forzado tan de mala gana, es decir, a renunciar a su libertad brutal y buscar tranquilidad y seguridad en una constitución legal.

Todas las guerras, por tanto, son otros tantos intentos (no, por cierto, según el propósito de los hombres, pero sí según el propósito de la naturaleza) de proporcionar nuevas relaciones de los Estados, y mediante la destrucción o, al menos, desmembramiento de todos, formar nuevos cuerpos que, a su vez, no pueden mantenerse por sí mismos ni junto a otros y deben, por tanto, padecer nuevas revoluciones semejantes; hasta que, por fin, en parte mediante el mejor ordenamiento posible de la constitución civil interior, en parte mediante un convenio común y una legislación exterior, se alcance un estado que, semejante a una república civil, pueda mantenerse a sí mismo como un *autómata*.

¿Se espera que, de una confluencia *epicúrea* de las causas eficientes, los Estados, como las menores partículas de la materia, ensayen, mediante sus colisiones accidentales, toda clase de formaciones, destruidas a su vez por nuevos choques, hasta lograr por fin, *de modo accidental*, una formación tal, que puede mantenerse en su forma (¡un golpe de suerte, que es muy difícil que suceda nunca!); o se acepta, mucho mejor, que la naturaleza siga aquí una marcha regular que lleve a nuestra especie, paulatinamente, desde el grado inferior de la animalidad hasta el grado supremo de la humanidad, mediante un arte propio, aunque esforzado, y desarrolle en este ordenamiento, aparentemente salvaje, aquellas disposiciones originales de modo completamente regular; o se prefiere que, de todas estas acciones y reacciones de los hombres en su conjunto, nada en general, o al menos nada sensato, se obtenga, y que continúe lo consabido por siempre sin que se pueda, por tanto, predecir si la disensión, tan natural en nuestra especie, nos

deparará al final, aun en un estado de costumbres, un infierno de males en que sean aniquilados, por una bárbara devastación, acaso ese mismo estado y todos los progresos en la cultura logrados hasta el momento (un destino que no se puede detener bajo el gobierno del caso ciego, que es lo mismo, de hecho, que la libertad sin ley, ¿si no se supone un hilo conductor de la naturaleza, ligado en secreto a la sabiduría!)? Esto se resume, más o menos, en la pregunta: ¿es razonable aceptar la *finalidad* del establecimiento de la naturaleza en parte y aceptar, en conjunto, la *ausencia de fines*? Lo que el estado salvaje hizo sin finalidad, o sea, retener todas las disposiciones naturales de nuestra especie hasta que, por los males que le deparó, la obligó a salir de este estado y entrar en una constitución civil en que todas aquellas semillas pudieran desarrollarse, esto lo hace también la libertad bárbara de los Estados ya fundados, es decir, que mediante el empleo de todas las fuerzas de la república en preparativos contra otros, mediante la devastación que la guerra acarrea y, aún más, mediante la necesidad de mantenerse continuamente en servicio, se impide el desarrollo de las disposiciones naturales en su progreso, aunque el mal que de ello surge obliga a nuestra especie a encontrar en la, de por sí, saludable resistencia de muchos Estados colindantes, de la que brota su libertad, una ley de equilibrio y un poder asociado que le hagan insistir e introducir un estado cosmopolita de la seguridad estatal pública, que no carece de *peligro*, para que las fuerzas de la humanidad no se duerman, ni de un principio de *igualdad* de sus recíprocas *acciones y reacciones*, para que no se destruyan mutuamente. Antes de avanzar este último paso (es decir, la unión de Estados), casi a la mitad de su construcción, soporta la naturaleza humana los males más duros, bajo la engañosa apariencia del bienestar exterior; y Rousseau no estaba tan equivocado cuando prefería el estado de los salvajes, tan pronto se olvida el último grado a que nuestra especie aún ha de ascender. Nos hemos *cultivado* en alto grado mediante el arte y la ciencia. Nos hemos *civilizado* hasta el extremo en toda clase de maneras y decoros sociales. Pero falta todavía mucho para tenernos por *moralizados*. Pues la idea de la moralidad pertenece a la cultura; pero el uso de esta idea que, por la semejanza de costumbres, se reduce apenas al amor de la honra y el decoro exterior, fija meramente la civilización. En tanto que los Estados empleen todas sus fuerzas en sus vanos y violentos propósitos de expansión, impidiendo así, de continuo, el lento esfuerzo de la formación interior de sus ciudadanos, quitándoles todo apoyo con este propósito, nada hay que esperar al respecto; porque se requiere una larga elaboración interior de cada república para la formación de sus ciudadanos. Pero todo lo bueno que no esté entreverado de una convicción moralmente buena no es sino mera apariencia y resplandeciente miseria. En este estado permanecerá el género humano hasta que, del modo que he indicado, salga con su trabajo del caótico estado de sus relaciones entre Estados.

9

Comentario a la séptima frase.

El problema de la ***mejor forma de una sociedad civil*** está en las ***relaciones entre los diferentes pueblos***. Mientras éstos continúen estando entre sí en un régimen de libertad salvaje es imposible que alcancen el bienestar interno.

La naturaleza se sirve de la guerra para empujarles a tomar una decisión difícil, renunciar a su libertad incontrolada y a entrar en una ***unión de naciones***.

Octava frase.

8. *Se puede considerar la historia de la especie humana en grande como la ejecución de un plan escondido de la naturaleza para llegar al estado de una constitución perfecta del Estado en el interior y, respecto a este fin, también en el exterior, como única situación en que la naturaleza puede desarrollar por completo sus planes respecto a la humanidad.* La frase es una consecuencia de la anterior. Adviértase: también la filosofía puede tener su *quiliismo*; pero tal que, para su consecución, su idea, aunque muy de lejos, pueda ser de suyo promotora, es decir, apenas entusiasta. Importa ahora si la experiencia descubre una marcha semejante del propósito de la naturaleza. Digo que *apenas*; pues este curso circular parece que exige tanto tiempo hasta cerrarse, que, por la breve parte que la humanidad ha recorrido a este propósito, puede determinarse de un modo tan incierto la forma de su trayectoria y la relación de la parte con el todo como si, por todas las observaciones del cielo llevadas a cabo hasta el momento, se trazara el curso de nuestro sol con todo el ejército de sus satélites en el gran sistema de estrellas fijas; aunque, por los fundamentos generales de la constitución sistemática de la estructura del mundo, y por lo poco que se ha observado, es bastante seguro llegar a una conclusión respecto a la realidad de un curso circular semejante. No obstante, la naturaleza humana trae consigo no ser indiferente respecto a la época más lejana a que nuestra especie debe llegar, si puede esperar que sea con seguridad. En nuestro caso, tanto menos puede darse aquella indiferencia, pues parece que podemos, mediante nuestra propia organización racional, adelantar este momento tan grato para nuestra posteridad. Esto realza la importancia de las señales más débiles de su aproximación. En la actualidad, los Estados mantienen, unos con otros, relaciones tan artificiales, que ninguno puede ceder en la cultura interior sin perder, respecto a los otros, en poder e influencia; con lo que, mediante sus ansiosos propósitos de honor, se asegura suficientemente, si no el progreso, sí el mantenimiento de este fin de la naturaleza. Es más; la libertad civil ya no puede ser más vulnerada sin percibir el inconveniente en todas las industrias, particularmente en el comercio, y también el menoscabo de las fuerzas del Estado en las relaciones exteriores. Pero esta libertad aumenta paulatinamente. Si se le impide al ciudadano que busque su bienestar del modo que más le plazca, a condición de que sea consistente con la libertad de los demás, se amortigua la vivacidad de todo el movimiento y, en consecuencia, las fuerzas del conjunto. De aquí que se vayan superando las limitaciones personales en lo que hace o deja de hacer, concedida la libertad general de religión; y así surge paulatinamente, entreverada con ilusiones y caprichos, la *ilustración*, como un gran bien que el género humano debe extender, en lugar de los egoístas propósitos de engrandecimiento de sus dominadores, con sólo que comprenda su propio provecho. Pero esta ilustración, y con ella, también, cierta participación cordial en lo bueno que el hombre ilustrado, que lo concibe perfectamente, no puede evitar, debe ascender poco a poco hasta el trono e influir en sus principios fundamentales de gobierno. Aunque, por ejemplo, a nuestros gobernantes del mundo no les sobre en la actualidad dinero alguno para establecimientos públicos de enseñanza ni, en general, para cuanto concierna a mejorar el mundo, porque todo está calculado con antelación para la próxima guerra, no pueden impedir los esfuerzos, aunque débiles y lentos, de sus pueblos en este empeño, de modo que, al menos, encuentren en ello su propio provecho. Por último, la misma guerra se convertirá paulatinamente en una empresa, no sólo artificial y de muy inseguro resultado para ambos lados, que habrá de pensarse

detenidamente, sobre todo por las consecuencias que el Estado percibe en una siempre creciente carga de deuda (una nueva invención), cuya cancelación es imprevisible, además de por la influencia que cada conmoción del Estado, por su industria tan concatenada, tiene en nuestra parte del mundo sobre los demás Estados, tan notoria, que éstos, amenazados por su propio peligro, se ofrecen, aunque sin respecto legal, a ejercer de árbitros, preparándose así, si bien de lejos, para un gran cuerpo de Estado futuro, de que el mundo anterior no ha dado ejemplo alguno. Aunque este cuerpo de Estado exista aún como un tosco esbozo, ya comienza a suscitarse, en cierto modo, un sentimiento en todos sus miembros, a los que interesa la conservación del conjunto; y esto proporciona la esperanza de que, por fin, después de muchas revoluciones de transformación, la naturaleza, respecto a su propósito supremo, una situación general cosmopolita como seno en que se desarrollarán todas las disposiciones originarias de la especie humana, llegará algún día a darse.

Comentario a la octava frase.

La *historia* de la especie humana puede considerarse como la ejecución de un plan secreto de la naturaleza. El *fin último* de este plan de la naturaleza es el establecimiento de un **Estado de ciudadanía mundial o cosmopolita**, en cuyo seno puedan desarrollarse todas las disposiciones naturales de la humanidad.

Comentario 1.

Novena frase.

9. *Un ensayo filosófico para elaborar la historia universal del mundo según un plan de la naturaleza, que aspira a la plena asociación civil en la especie humana debe considerarse posible e incluso propulsor de este propósito de la naturaleza. Desde luego es una extraña y, en apariencia, absurda proclama querer concebir una historia según una idea de cómo debería ir el curso del mundo si se adecuara a ciertos finés racionales; parece que, con un propósito semejante, sólo pueda darse una novela. Sin embargo, si se tiene que suponer que la naturaleza, incluso en el juego de la libertad humana, no procede sin plan ni propósito final, esta idea podría ser de uso; y, aunque seamos cortos de vista para penetrar el mecanismo secreto de su organización, esta idea debería servirnos, sin embargo, de hilo conductor para representarnos como un sistema, al menos en grande, lo que, de lo contrario, es un *agregado* de acciones humanas sin plan. Pues si de la historia griega —como aquélla, a través de la cual se conserva, o debe corroborarse al menos, toda otra antigua o coetánea³— partimos; si perseguimos hasta nuestra época su influencia en la formación y deformación del cuerpo del Estado del *pueblo romano*, que absorbió al Estado griego, y la*

³ Solo un *público docto*, que ha perdurado desde el comienzo hasta nuestros días sin interrupción, puede corroborar la historia antigua. Al margen suyo, todo es *terra incógnita*; y la historia de los pueblos que han vivido en su exterior sólo llega a comenzar al tiempo en que han entrado en su seno. Esto ocurrió con el pueblo *judío* en la época de Ptolomeo, mediante la traducción griega de la Biblia, sin la que se hubiera atribuido poco crédito a sus noticias *aisladas*. A partir de entonces (si primero se ha situado debidamente este comienzo), podemos llevar hacia delante sus narraciones. Y así con todos los demás pueblos. La primera página de Tucídides (dice Hume) es el único comienzo de toda verdadera historia. (N. de K.).

influencia de aquel pueblo sobre los *bárbaros*, que a su vez lo destruyeron; y si a esto añadimos, *episódicamente*, la historia de los Estados de otros pueblos, cuyo conocimiento ha llegado paulatinamente hasta nosotros a través de esas naciones ilustradas, entonces se descubrirá una marcha regular de mejoramiento de la constitución del Estado en nuestro continente (que, verosímilmente, dará un día leyes a todos los demás). Si, además, se presta atención a la constitución civil y a sus leyes, y a las relaciones estatales, en la medida en que, tanto por lo bueno que contenían, han servido durante largo tiempo para elevar y enaltecer a los pueblos (con sus artes y ciencias), como volvieron a derribarlos por las deficiencias que les eran inherentes, aunque de tal manera que siempre quedaba una semilla de ilustración, que, desarrollada con cada revolución, preparaba un grado siguiente, aún más alto, de mejoramiento; entonces, según creo, se descubrirá un hilo conductor, que no sólo puede servir para explicar el juego tan confuso de las cosas humanas o para el arte político de adivinación de futuras modificaciones del Estado (¡una utilidad que ya se ha extraído de la historia del hombre, aunque se haya considerado como efecto inconexo de una libertad sin reglas!), sino que (lo que no podría esperarse con fundamento sin un plan presupuesto de la naturaleza) se abrirá una perspectiva consoladora en el futuro, con que la especie humana sea representada, en la lejanía, como trabajando por fin para el estado en que todas las semillas que la naturaleza ha depositado en ella puedan desarrollarse por completo y llegar a cumplir su determinación aquí en la tierra. Una *justificación* semejante —o mejor, *providencia*— de la naturaleza no es un fundamento de la motivación sin importancia para escoger un punto de vista especial de observación del mundo. ¿De qué sirve alabar la magnificencia y sabiduría de la creación en el reino natural irracional y recomendar su observación, si la parte de la gran escena de la sabiduría suprema que, está entre todas, alberga el fin —la historia del género humano—, permanece como una continua objeción en contra, cuya visión nos obliga a apartar nuestra mirada de ella sin querer y, desesperando de encontrar nunca en ella un propósito plenamente racional, nos lleva a esperar sólo en otro mundo?

Sería malinterpretar mi propósito querer que yo, con esta idea de una historia del mundo, que, en cierto modo, tiene a priori un hilo conductor, desplace la elaboración de la auténtica historia, concebida de modo meramente *empírico*; es sólo uno de aquellos pensamientos que una cabeza filosófica (que, por lo demás, habría de ser experta en historia) pudiera ensayar con otras perspectivas. Además, la célebre prolijidad con la que se concibe la historia en la actualidad debe suscitar en cualquiera, de modo natural, la preocupación acerca de cómo podrá comenzar nuestra posteridad, al pensar en la carga de la historia que podemos dejarle después de algunos siglos. Sin duda, la posteridad sólo apreciará la época anterior, cuyos documentos podrán haberse perdido hace mucho, desde el punto de vista que le interesa, es decir, aquello que los pueblos y gobiernos han producido o vulnerado con propósito cosmopolita. Tomar esto en consideración, además del ansia de gloria de los soberanos del Estado y de sus servidores, para llevarlos al único medio que puede depararles el recuerdo célebre de la época más lejana, puede ofrecer un *pequeño* fundamento al motivo del ensayo de una historia filosófica semejante.

Comentario a la novena frase.

Es posible y aun conveniente esbozar un **ensayo filosófico** que trate de reconstruir la historia universal con arreglo a este plan de la naturaleza. Tal ensayo constituye una **justificación última de los planes de la naturaleza**, o mejor de la providencia. La historia busca que su desarrollo sea comprendido y reflejado en un ensayo filosófico.

Pero hay que ver sólo en él un **hilo conductor a priori** que la historia empírica deberá confirmar.

Kant. Comentario 1.

Novena frase.

9. *Un ensayo filosófico para elaborar la historia universal del mundo según un plan de la naturaleza, que aspira a la plena asociación civil en la especie humana debe considerarse posible e incluso propulsor de este propósito de la naturaleza. Desde luego es una extraña y, en apariencia, absurda proclama querer concebir una historia según una idea de cómo debería ir el curso del mundo si se adecuara a ciertos finés racionales; parece que, con un propósito semejante, sólo pueda darse una novela. Sin embargo, si se tiene que suponer que la naturaleza, incluso en el juego de la libertad humana, no procede sin plan ni propósito final, esta idea podría ser de uso; y, aunque seamos cortos de vista para penetrar el mecanismo secreto de su organización, esta idea debería servirnos, sin embargo, de hilo conductor para representarnos como un sistema, al menos en grande, lo que, de lo contrario, es un *agregado* de acciones humanas sin plan.*

13

1. Presentación del tema del texto.

¿Hay una racionalidad en la historia, como la hay en la naturaleza? Tal es la pregunta que dirige las reflexiones de Kant en su **“Idea de una historia universal en sentido cosmopolita”** (1784).

La tarea no es fácil porque los hombres no se mueven como los animales por puro instinto, pero tampoco con arreglo a un plan acordado, como ciudadanos del mundo.

Es difícil suponer la existencia de un propósito racional en los hombres y en su juego, pero Kant trata de buscar en el curso contradictorio de la historia alguna **intención**, que no provendría de los hombres, sino de la misma **naturaleza**.

2. Análisis.

1ª. Parece que la historia avanza conforme a un plan cuyo fin último es la plena asociación civil o el triunfo de la racionalidad con la consecución de una unión de naciones.

2ª. Posibles objeciones a la idea anterior:

a. La historia no es una novela que tenga una trama y un final preestablecido porque los hombres somos libres. Kant al respecto afirma que no existe una contradicción entre la acción libre, y el desarrollo finalista de la historia, que no afecta al plano individual sino al conjunto de las acciones de la especie.

b. Podría parecer que la historia avanza sin plan, como un caos o agregado de acciones. Frente a esta objeción Kant propone que hay que presuponer un propósito racional de la naturaleza., que afecta la especie en su conjunto.

3ª Conclusión: la historia puede ser concebida como un sistema, el orden finalista de la teoría de la historia parece imponerse al orden mecanicista de la filosofía de la naturaleza.

3. Síntesis.

La **historia** de la especie humana puede considerarse como la ejecución de un plan secreto de la naturaleza. El **fin último** de este plan de la naturaleza es el establecimiento de un **Estado de ciudadanía mundial o cosmopolita**, en cuyo seno puedan desarrollarse todas las disposiciones naturales de la humanidad.

Es posible y aun conveniente esbozar un **ensayo filosófico** que trate de reconstruir la historia universal con arreglo a este plan de la naturaleza. Tal ensayo constituye una **justificación última de los planes de la naturaleza**, o mejor de la providencia. La historia busca que su desarrollo sea comprendido y reflejado en un ensayo filosófico.

Pero hay que ver sólo en él un **hilo conductor a priori** que la historia empírica deberá confirmar.

4. Términos.

La plena asociación civil.

La tarea más difícil del género humano, a cuya solución le obliga la naturaleza, estriba en llegar a constituir una **sociedad civil**, regulada por el derecho.

Lo que fuerza al hombre a entrar en este estado de coacción (la ley) es la imposibilidad de continuar en el estado de libertad salvaje. **La necesidad** es la que fuerza al hombre a entrar en este estado de coacción o limitación de la libertad por el derecho y las leyes.

Así, los hombres aceptan las limitaciones a su libertad porque no pueden convivir ni un momento más en medio de su salvaje libertad.

Dentro del coto cerrado, que es la sociedad civil, las inclinaciones o tendencias humanas producen los **mejores resultados**: La cultura, el arte, y el mismo orden social son así frutos de la insociabilidad, obligada a someterse a disciplina.

El problema de la **mejor forma de una sociedad civil** está en las **relaciones entre los diferentes pueblos**. Mientras éstos continúen estando entre sí en un régimen de libertad salvaje es imposible que alcancen el bienestar interno.

La naturaleza se sirve de la guerra para empujarles a tomar una decisión difícil, renunciar a su libertad incontrolada y a entrar en una **unión de naciones**.

Juego de la libertad

Kant intenta conciliar la libertad humana con un plan en la naturaleza. Kant intenta hacer con la historia algo similar a lo que Kepler y Newton hicieron con la naturaleza: ***Encontrar algún plan en el modo de conducirse de los hombres, que proceden sin ningún plan aparente. Este plan oculto lo lleva a cabo la naturaleza, a través de las acciones humanas.***

Fines racionales

Las disposiciones naturales de una criatura están destinadas a desarrollarse de manera completa y adecuada. En este desarrollo estaríamos ante una regularidad, o ley natural. Esta ***ley natural*** consiste en que cada criatura tiende a desarrollarse plenamente.

En el hombre como criatura racional las disposiciones naturales que apuntan al desarrollo pleno de la racionalidad sólo se desarrollan completamente en ***la especie*** y no en los individuos. El hombre para desarrollarse plenamente debe realizar plenamente el uso de su ***racionalidad***. Sin embargo, este desarrollo no se cumple en los individuos concretos, sino en la especie.

Sistema.

Kant concibe la filosofía con un sentido arquitectónico (lo hemos visto en la Crítica de la Razón Pura y en la Crítica de la Razón Práctica), ahora Kant quiere dar sistematicidad a la filosofía de la historia. Pero, a diferencia de la Crítica de la Razón Pura, esta sistematicidad no proviene del determinismo causal sino de un determinismo finalista, que no entra en contradicción con la libertad que es el fundamento de la Crítica de la Razón Práctica